

La primera nieta

Autor: Manolo Campa

Mi esposa había entrado en la tienda para comprarle algo a la recién llegada nieta. "Está en el séptimo cielo" con su primer retoño... chocheando, chiflada, actuando como una "abuelaza", nombre que suele aplicarse a esas damas que, en su delirio, actúan desbordantes de excentricidades.

Es muy usual que a pesar de hablarle yo claro y despacio, ella no me entienda o, lo que es peor, me ignore. Sin embargo, cuando la nieta hace el más leve sonido, ella interpreta perfectamente que: "tiene hambre, está pidiendo que la alimenten", o "quiere que le cambien el pañal", "quiere que la carguen", "tiene un 'gasesito' atravesado". Mi diagnosis ante este conjunto de síntomas: Cosas risibles de abuela debutante.

Para no apurarla y no impacientarme esperando, me quedé mirando las vidrieras de otras tiendas del centro comercial. Estacionado frente a una de ellas divisé un automóvil que ostentaba una calcomanía "De Colores".

Era un automóvil grande, propio de la época pre OPEC, cuando la gasolina barata permitía rodar autos pesados con motores potentes. Se notaba que le habían hecho adaptaciones: gomas anchas que sobresalían por los lados de los guardafangos... rígidos muelles traseros que levantaban más de lo normal la parte de atrás, dejando ver dos tubos de escape niquelados.

Me quedé cerca... quería conocer al hermano cursillista cuando regresara a su carro. Quería saludarle y preguntarle esas cosas que siempre preguntamos: ¿Dónde hiciste tu cursillo? ¿Qué tiempo hace? ¿A que ultreya parroquial pertenes? Tenía intención de hablarle de la casa nueva e invitarlo al próximo curso de la Escuela en Emaús.

De una tienda de ropa para jóvenes salieron cuatro personajes que se ganaban la atención de todos por su estridente comportamiento: al hablar, todos a la vez, parecía que estaban discutiendo, o cantando a cuatro voces una canción desafinada, o quejándose por algún dolor colectivo.

No, no parecían ser cursillistas... no los había visto en ninguna clausura, ultreya o despedida. Quise averiguarlo. Poniendo en práctica la técnica usada en la "labor de pasillos", me acerqué a ellos y les pregunté amistosamente si eran cursillistas. El líder me respondió con otra pregunta: "What's that, man"?... y sin esperar por la respuesta, puso en marcha el motor que rugió con estruendo de cohete espacial cuando empezó a hacer górgoras, consumiendo medio galón de gasolina al arrancar.

Temerariamente, sin mirar hacia atrás, retrocedió ocasionando que la persona que tenía el derecho de vía tuviese que frenar súbitamente para evitar un accidente. A exceso de velocidad y cambiando erráticamente de senda sin señalar previamente, le vi alejarse por la avenida.

Mi mujer regresó sonriente y feliz con una bolsa llena de "amenidades" para la nieta. Mientras emprendíamos el rumbo a casa, hablaba y hablaba, justificando la "inversión" de gran parte de nuestro presupuesto del mes, hasta que, a unas cuadras del centro comercial, de pronto dejó de hacerlo. ¡Qué alivio!

Había suspendido su continua verborrea porque algo había captado su interés: A un lado de la avenida, dos carros de la policía, con las luces azules y rojas dando vueltas, habían detenido el automóvil que tenía en el cristal de atrás la calcomanía "De Colores". A ella le llamó la atención el letrero y me pidió que fuera despacio para ver si conocíamos al cursillista que estaban multando.

Le conté mi experiencia con el dueño del auto. Ella entendió, dio por cerrado el caso del presunto cursillista, e ipso facto reanudó amorosa los elogios: la belleza, la inteligencia, los parecidos y otros rasgos de Nicole María, su primera nieta. "De lo que abunda en el corazón, habla la boca". ¡Cuán cierto es!

Como conclusión lógica a lo relatado, podemos decir que ese auto perteneció a un cursillista que "jubiloso" le puso el rótulo de Colores. Luego lo vendió y el nuevo dueño, con sus modos, muestra su disociación con el letrero que heredó.

Es recomendable que los que lucimos afiches de Cursillos en nuestros autos, cuando estos dejen de ser nuestros, los quitemos para evitar falsas interpretaciones, como la que tuvimos mi esposa y yo, en este caso que acaban de leer.